

ques habia sostenido impunemente hasta entonces, sobre las dos naturalezas del Hijo de Dios antes de la Encarnacion. Temia que el sectario pensase que el alma del Salvador habia existido en el cielo antes de unirse al Verbo en el seno de la Virgen; «lo cual es contra la fé, dice el Pontífice, y coincide con la opinion condenada de Origenes, que afirmaba que las almas existieron y obraron antes de animar los cuerpos.» Y aqui puede notarse de paso cuán sana fué en todo tiempo la doctrina en la Iglesia romana, y lo mucho que la disputa de la preexistencia de las almas se habia aclarado desde San Agustin, que antes de su episcopado la habia creído sostenible.

La doctrina de San Leon, no solo era exacta y profunda, sino que el docto Pontífice sabia igualmente hacerla sensible y fácil de comprender á todos. Asi por lo que pasa en los hombres explica la union hipostática que se hace de las dos naturalezas en Jesucristo sin destruir ninguna de las substancias unidas. Despues de haber dicho á Julian de Cós que el Verbo no se convirtió en carne por la Encarnacion, ni la carne en Verbo, añade: «que el Verbo con la carne y el alma humana haga un solo Jesucristo, esto es lo que creemos con tanta mas facilidad, cuanto que en cada hombre la carne y el alma, que son de naturalezas distintas, hacen una sola persona.»

Tambien escribió el sábio Pontífice á otras muchas personas distinguidas acerca del próximo Concilio; pero con nadie usó de tanta circunspeccion como con el débil Teodosio, llegando hasta excusarse con él de no concurrir en persona al Concilio de Éfeso, y que enviaba para esto sus legados. Infírese de aqui que el Papa no sabia aún el nombramiento de Dióscoro para presidir el Concilio, ó que á lo menos se prometia que, á pesar de este nombramiento ilegítimo, no se rehusaria este honor á los legados

apostólicos. Mas en este Concilio todo fué tan irregular como la manera de presidirle. El objeto para que se reunia, á saber, las cuestiones de fé, no se trataron en él, no se tomó el testimonio de los obispos acerca de la doctrina recibida en sus iglesias, ni aun se tuvo el menor respeto al Gefe de la Iglesia universal, ni siquiera se dignaron leer las cartas pontificias, que fueron de tanta autoridad en el Concilio anterior, y que veremos pronto ser recibidas con tanta veneracion por el de Calcedonia. En la celebracion misma todo respiraba confusion, furor y violencia; de modo, que este Conciliábulo mas bien parecia una reunion de bandidos que de obispos. Asi es que se ha creído no poder dar de él una idea mas exacta, que llamándole *el latrocinio de Efeso*.

Habia sido convocado para el 1.º de agosto del año 449, y se congregó el 8 del mismo mes (1). Halláronse ciento y treinta obispos del Oriente con Dióscoro, presidente sin mas mision que la del emperador. Pretendióse no obstante conceder el segundo puesto al legado romano, que era obispo; pero todos tres se negaron á tomar asiento. Despues admitieron á Juvenal de Jerusalem, Domno de Antioquia, y Flaviano de Constantinopla, el cual quedaba en quinto lugar, no estando aun bien establecido el rango del patriarca de Constantinopla y no queriendo la faccion eutiQUIANA favorecerle en manera alguna. No fueron admitidos los abades de Constantinopla contrarios á los nuevos errores; mas se mandó venir al archimandrita ó gefe de los monasterios de Siria, llamado Bársumas, entregado ciegamente á Dióscoro, y digno cliente de tal patrono. Su carácter naturalmente colérico, y el estar hecho á una vida mas bien salvaje que retirada, habia degenerado en aquella especie de ferocidad que la separacion

(1) Concil. Chalced. oct. 1, p. 115.

del trato con los hombres produce cuando no va acompañada de una verdadera piedad. Llevaba consigo un crecido número de monjes igualmente feroces, todos sujetos á sus caprichos y dispuestos á cualquier atentado, sin que el temor de Dios les infundiese mas moderacion que el respeto á los hombres.

Tambien Eutiques fué á Éfeso, sin que ni su edad, ni sus enfermedades, ni el voto de estabilidad en su monasterio de Constantinopla fuesen obstáculo para este impostor inconsecuente; porque se veía apoyado no solo de Dióscoro, sino tambien de los oficiales imperiales que Crisafio habia procurado elegir é instruir á fondo. Se le recibió, pues, favorablemente, se le escuchó cuanto quiso decir, y se rehusó admitir á Eusebio de Dorilea su acusador. El novador presentó por escrito su confesion de fé, que no era mas que una declaracion en que se sometia á los decretos de Nicea y del primer Concilio de Éfeso; anatematizaba vagamente los errores de Manés, Valentino, Apolinar y Nestorio: despues de lo cual acusaba á Eusebio de calumnia, y al patriarca Flaviano de injusticia é irregularidad en su sentencia.

Los obispos bien intencionados dijeron que se habian reunido para tratar de la fé; pero Dióscoro sostuvo que en el decreto del emperador solo se trataba de la discordia entre Flaviano y Eutiques; y la mayor parte de los notarios, osando declararse reos de falsedad, escribieron que los obispos habian accedido á la proposicion de Dióscoro, de no tratar de la fé por el temor de innovar alguna cosa. Se tuvo tan poco miramiento, que estos falsarios se echaron sobre los notarios del obispo de Éfeso, que con algunos otros no se habian dejado corromper, les borrarón lo que habian escrito ya, y les arrancaron sus registros con una violencia brutal. No fué mejor recibida la proposicion

de muchos obispos para que se leyese la carta del Papa á Flaviano, y aunque Dióscoro al principio del Concilio, cuando las cosas no habian llegado todavia al último esceso, habia prometido con juramento hacerla leer, halló siempre medio de eludir la promesa.

En fin, Eutiques fué declarado inocente, y se le restableció en la comunión eclesiástica y en la superioridad de su monasterio. Dióscoro pronunció anatema contra el obispo de Dorilea, y despues contra el patriarca de Constantinopla; y contradiciéndose á si mismo, despues de haber hecho decretar poco antes que no se trataria de la fé, preguntó si se podia tolerar el atribuir dos naturalezas á Jesucristo despues de la union. Entonces todos los obispos parciales suyos exclamaron: *El que asi hable sea anatema*. Onesiforo de Iconio con algunos otros se echaron á sus pies, pidiéndole que pensase bien lo que hacia; pero Dióscoro, puesto sobre las gradas de su tribunal, dijo furiosamente que aun cuando se le cortara la lengua no mudaria nunca de opinion. A vista de esto varios obispos se creyeron obligados á protestar, pero inmediatamente dijo Dióscoro: *¿Dónde están los condes?* y á esta voz de guerra entraron y se esparcieron por todas partes una multitud de gentes, unos con armas, otros con látigos, y otros con cadenas y palos. Las amenazas mas leves eran las de deposicion y destierro á todo el que se negaba á suscribir. Los monjes de Eutiques y del feroz Bársumas, mas furiosos que los soldados, gritaban: «Pártase en dos pedazos al que divide á Cristo en dos naturalezas; quémese vivo al falso pastor, al lobo de Dorilea.»

Cerráronse las puertas, y todos se sobrecogieron de terror y espanto con la idea de lo que iba á acontecer: la mayor parte de los obispos suscribieron cobardemente, entre otros Domno de Antioquia, cumpliéndose



dose así el presagio ó profecía de San Eutimio. El mismo escándalo dieron Juvenal de Jerusalem, Esteban de Éfeso y Talasio de Cesarea, si bien detestando la impiedad en el fondo de su alma. Retractóse al momento el patriarca Domno, y se le depuso. No se vuelve á hablar de él despues de este suceso; pero se cree que volvió al monasterio de San Eutimio, y que terminó allí poco despues su carrera. Eusebio y Flaviano fueron encarcelados, y se desterró á los que los seguian. Ademas fueron depuestos Ibas de Edesa en Mesopotamia, su sobrino Daniel de Carras, Aquilino de Biblis, Sabiniario de Pera, y Teodoreto á pesar de estar ausente.

En medio de esta confusion y de la desercion casi general de estos cobardes pastores, no dejó de haber algunos dignos obispos aun entre los egipcios. Oyóse esclamar á algunos de ellos: *¿qué teme el verdadero fiel? el martirio tiene algo de horrible para él? prepárense las hogueras y los tormentos, y se verá lo que podemos en Aquel que nos conforta.* Los legados rehusaron constantemente firmar, y el diácono Hilario, habiendo logrado evadirse, volvió á Italia por caminos estraviados. El patriarca Flaviano dijo que apelaba al Obispo de Roma, y se le confinó á Hipepa en Lidia; mas antes fué con crueldad golpeado, principalmente por Bársumas y sus monges, y segun algunos autores, el mismo Dióscoro le dió tantas patadas en el estómago, que murió pocos dias despues, logrando con esto la corona del martirio, no por mano de los idólatras, sino por las de un obispo, y un abad que pretendian pasar por defensores de la fé.

El Papa Leon estaba entretanto desasosegado é inquieto sobre lo que aconteceria en este malhadado Concilio, á cuya celebracion habia accedido de tan mala gana. Confirmáronse en breve sus presentimien-

tos con la llegada de su arcediano Hilario, que llegó felizmente á Roma á fines de setiembre. Juntábase todos los años en Roma un Concilio á principios de octubre, y en el de este se trató de los medios de atajar los progresos del escándalo de Oriente. Se enviaron cartas por todas partes para reanimar el celo en tan gran necesidad y para consolar á los prelados oprimidos. Al emperador Teodosio, que continuaba todavia viendo las cosas por los ojos de su eunuco y que habia autorizado ya el conciliábulo con un edicto, le manifestó claramente el intrépido Leon que el misterio de la fé cristiana acababa de ser profanado sacrilegamente en Éfeso y le conjuraba se valiese de todo su poder para reparar tamaño escándalo, ó al menos que volviese todas las cosas al estado que antes tenian, hasta que se reuniese un nuevo Concilio de todos los obispos del universo (1). Congregó entretanto los que pudo en Roma, con los cuales anuló todo lo hecho sobre los puntos de religion, y pidió al príncipe que révocase su edicto.

Estas representaciones solo obtuvieron una fria respuesta: tampoco fueron mas eficaces las que hizo por su parte el emperador Valentiniano, que de Rávena habia pasado á Roma á celebrar la fiesta de San Pedro con las emperatrices su madre y su esposa. Estando en medio de la funcion en la propia iglesia, se presentó á ellos el Papa, bajando del altar con un crecido acompañamiento de obispos que acostumbraban ir á Roma á esta ceremonia. Pintó vivamente el sacrilegio y la desgracia de Éfeso, y pidió con lágrimas á estas augustas personas que dispasen la tempestad que se levantaba contra la Iglesia: que hiciesen concebir un justo terror de este riesgo al emperador de Oriente,

(1) S. Leo. *Epist.* 26.

te, y le mostrasen á vista del estado presente de las cosas la necesidad de reunir un Concilio general en Italia. Volvió Valentiniano á escribir á Teodosio, pidiéndole espresamente que mantuviese la dignidad de San Pedro y el antiguo primado del obispo de Roma sobre todas las iglesias para juzgar de la fé y de los obispos (1); y añade: «en consecuencia de esta prerrogativa, reconocida en los mas célebres Concilios, el obispo de Constantinopla acaba de apelar al Pontífice romano. Os suplico, pues, lleveis á bien que los obispos de todas las provincias se congreguen en Italia, y que tomando el Papa conocimiento de toda la causa de Dióscoro y Eutiques desde su raiz, la decida conforme á la equidad y á la fé.» En esta carta, aunque escrita con un objeto tan piadoso, se notan todavia vestigios de la supersticion pagana, pues en ella se da el titulo de divinidad al emperador de Oriente por el de Occidente, bien que el sentido de esta espresion era ya muy diverso de lo que habia sido antes (2). Las dos emperatrices apoyaron fuertemente la carta de Valentiniano, escribiendo cada una de por sí.

[Frustradas hubieran quedado todas estas instancias, si la Providencia para bien de su Iglesia no hubiese en fin privado á Crisafio de la confianza y del favor imperial de que tan mal uso hacia. La causa de su desgracia fueron las concusiones y violencias, demasiado públicas para ocultarse mas tiempo, y sobrado escandalosas para quedar impunes; y principalmente porque este hombre, nacido para suerte muy distinta, no podia ya sostener el peso de su prosperidad, y se habia hecho insufrible al autor de ella. Primero se le condenó á destierro, y despues á muerte (3).

(1) *Tom. 1 Concil. Act. Concil. Chalced.*

(2) *Marcel. Chronic. ann. 450.*

(3) *Niceph. lib. 14, cap. 49.*

Cuando el emperador volvió en sí y á su carácter natural, restituyó á su amistad á su hermana Pulqueria con las demostraciones mas tiernas y mostrando el mas vivo pesar por lo pasado. Asocióla de nuevo al imperio y la dejó todo el poder necesario para remediar los males de la Religion. Acordaron al instante prudentes medidas para la convocacion del Concilio que el Papa deseaba. Escribió Teodosio por sí mismo al Pontífice, pidiéndole que aprobase la eleccion de Anatolio, aunque consagrado por Dióscoro, para la Silla de Constantinopla; á lo cual el prudente Pontífice juzgó no debia negarse despues de haberse asegurado de la conducta y modo de pensar de Anatolio, cual convenia tratándose del que iba á suceder á Flaviano, mártir de la fé, y de un protegido de Dióscoro.

No recibió Teodosio la contestacion de su carta al Papa, habiendo muerto poco antes, de un modo que el público miró como un castigo de su funesta indulgencia con dos heresias. Paseábase tranquilo cerca de la ciudad, cuando se desbocó su caballo, cayó de él, y aunque le levantaron al momento, como tenia las vértebras rotas murió á la noche siguiente.

Rayaba en los cuarenta y nueve años de edad, de los cuales reinó cuarenta y uno: largo reinado para un príncipe que no supo ni conducirse, ni elegir sus conductores. Despues que volvió á su gracia la piadosa Pulqueria, no cuidó esta menos de la conciencia de su hermano que de sus Estados. Se observó que si en otro tiempo hizo Teodosio muchas oraciones y limosnas, nunca atendió tanto como en estos últimos tiempos de su vida á santificarla con obras dignas de un príncipe sólidamente cristiano. Dichoso principalmente entonces por haber dado oidos á Pulqueria y expiado así, como es de presumir, unas faltas que la esfera mediana de sus luces puede rebajar mucho,



pero que su desaplicacion no permite disculpar enteramente. De Teodosio el jóven tomó su denominacion el código Teodosiano; no porque este príncipe hiciese todas las leyes que en él se contienen, sino porque esta coleccion de las constituciones de los emperadores cristianos se hizo de órden suya. En los últimos libros están las leyes relativas á la Religion.

La emperatriz Eudisia, viuda de Teodosio, abandonó la corte luego que este murió, y se retiró á Jerusalem (1): allí santificó sus últimos años con la soledad y el egercicio continuo de las virtudes, despues de haber recobrado la verdadera fé, sin la cual, segun San Agustin, apenas son aquellas mas que sombra y vana apariencia. Sus conversaciones y conferencias con los mas perfectos solitarios, y en especial con San Simeon Stilita y San Eutimio, la fueron atrayendo insensiblemente á los principios de la antigua creencia; y la hicieron abjurar las novedades de Eutiques mucho tiempo antes de morir, para tener así todo el mérito de tan loable resolucion. Habíase reconciliado sinceramente con la emperatriz su cuñada, á la cual envió una imágen de la Virgen que se reputaba pintada por San Lucas.

Quedando así Pulqueria por única soberana del Oriente, hizo elegir emperador á Marciano, y para revestirle del esplendor necesario al bien del imperio, contrajo matrimonio con él, pero con la condicion de que permaneceria virgen. En esto no habia nada de extraño, por lo menos nada habia que fuese contrario á las reglas de la prudencia cristiana, pues la princesa tenia ya cincuenta y un años, y Marciano era igualmente virtuoso y entrado en dias. Cuéntase de él, que hallándose en su juventud en la desgraciada expedicion de Aspar contra los

(1) Marcel. Chron. ann. 430.

vándalos, quedó prisionero como la mayor parte de los oficiales distinguidos, y que al examinarlos el rey Genserico, vió pararse una águila sobre la cabeza de este jóven que era de buena presencia: augurio despreciable, que sin duda hizo en el rey menos impresion que la espresiva fisonomia de su cautivo. Mas sea lo que fuese, creyó ver en él alguna cosa extraordinaria, y le dió libertad haciéndole prometer al despedirle que no haria la guerra á los vándalos (1). Marciano fué proclamado emperador el dia 24 de agosto del año 450. Condenó desde el principio de su reinado á las penas ordenadas antiguamente contra los hereges á los clérigos y monjes adictos á la heregia de Eutiques, que él confundia con la de Apolinar. Tambien se declaró contra la idolatría, cuyos ritos y observancias prohibió sin escepcion alguna bajo la pena de muerte y confiscacion de bienes. Luego que fué elegido, escribió religiosamente al Sumo Pontífice como al Vicario de Jesucristo, y secundó sus miras acerca de la necesidad de congregar un Concilio general.

Así las cosas, el Papa Leon habia enviado legados á Constantinopla, para tratar mas seguramente del asunto de Anatolio con el emperador Teodosio que creia aún vivo. Marciano y Pulqueria les dieron la acogida que debia esperarse de su religiosidad. Anatolio hizo en Concilio la profesion de fé mas terminante: pronunció anatema contra Eutiques y contra Nestorio, y suscribió con respeto la carta del Papa al patriarca Flaviano. El emperador mandó trasladar á Constantinopla el cuerpo de este mártir, que se principiaba á venerar como tal, y se depositó honrosamente en la Basílica de los Apóstoles. Cuanto antes se dieron órdenes ejecutivas para alzar el destierro á los demas prelados que le sufrían

(1) Evagr. lib. 1. hist. cap. 21 et 22; Niceph. lib. 14, cap. 55.

por igual causa que Flaviano, en cuyo número fué comprendido Teodoreto. La Silla de Dorilea habia sido ya provista: el obispo Eusebio, á quien se habia dado sucesor en castigo de su ardor en defender la fé, se habia refugiado á Roma, como á su mas seguro asilo; y no salió de allí hasta que fué al Concilio que le restableció en su iglesia.

Tratábase de celebrar este Concilio con una solemnidad capaz de remediar el escándalo del de Éfeso; pero no se trataba, como se esplica el docto Leon escribiendo al emperador Marciano (1), de examinar de nuevo el misterio de la salvacion, como si pudiera dudarse todavía de lo que se debia creer. «No resta ya que hacer otra cosa, añadia, sino el considerar á quiénes y cómo se debe perdonar entre los que reconozcan su error.» Representó tambien el Papa, que en la agitacion en que estaba el Occidente, mas espuesto que nunca á la fiereza de los bárbaros y en especial de los hunnos, los mas feroces de todos, era de desear que se pudiese diferir el Concilio, porque los obispos de Occidente no podian acudir á él, mientras su ausencia podia ser tan peligrosa para sus iglesias amenazadas de tal calamidad (2).

Creyó el emperador que no podia retardarle sin inconvenientes todavía mayores: á mas de los motivos de Religion, su ilustrada política le estrechaba ante todas cosas á sofocar la fermentacion y disensiones, que á las veces no dan principio en la Iglesia sino para agitar despues con mayor furor los imperios; pero nada hizo sin mostrar la mas grande sumision á la autoridad sagrada del Pontífice. Escribió al Papa antes de pasar á la convocacion, para que le dijese si podria acudir al Concilio personalmente y señalar sin dilacion el lugar de la asamblea

á los obispos de Oriente, de Tracia y de la Iliria, para que así reunidos pudieran proveer eficazmente al bien de la Religion y de la fé ortodoxa, conforme á lo que su Santidad habia decidido segun las reglas eclesiásticas.

Leon en su respuesta exhortó al emperador á mostrar siempre igual celo por la conservacion de la fé y á proteger los legados que enviaba para ocupar su lugar. Escribió al propio tiempo á los Padres del Concilio, aunque no se habia fijado todavía el lugar. Esta carta decia así (1):

«Mis muy amados hermanos: por el honor del sacerdocio habria deseado en gran manera que sus diversos miembros sostuviesen la verdadera fe con una constancia uniforme, y que ni el terror, ni el favor de las potestades seculares apartase á alguno de la senda del deber. Mas la divina misericordia es mayor que nuestras culpas, y el Señor suspende su venganza para dar tiempo á nuestro arrepentimiento; por eso debemos secundar el proyecto del piadoso emperador que quiere reunirnos para dejar frustradas las astucias de Satanás y restablecer la paz de la Iglesia, conservando las prerogativas de honor y potestad del bienaventurado Apóstol Simon Pedro. Me ha invitado á que fuese yo mismo al Concilio; pero no me lo permitiría la desgracia de los tiempos, aun cuando por otra parte lo autorizase la costumbre. No obstante, estad persuadidos de que en la persona de nuestros hermanos Pascasio y Lucencio, obispos, y Bonifacio y Basilio, presbíteros, diputados todos cuatro de la Sede apostólica, presido de verdad á vuestro Concilio, y que no podeis mirarme como ausente, cuando estoy presente por mis vicarios, y aun mucho antes por mis cartas y mi perseverancia en publicar la verdad ortodoxa; de suerte, que no es posible que ignoreis lo que la antigua tradicion ha transmitido á nuestra Iglesia.»

Les exhorta despues á que abracen la confesion de fé contenida en su Epistola á

(1) S. Leo. Ep. 41.

(2) Id. Id.

(1) S. Leo. Epist. 47.